



“Herir la imaginación de la enferma”. Comentario al libro *Locura y género en Costa Rica (1910-1950)*, de Mercedes Flores González

Jéssica Ramírez Achoy*

Palabras clave: locura, estudios de género, subjetividades, historia clínica, Costa Rica, siglo XX.

Keywords: madness, studies gender, subjectivities, clinical history, Costa Rica, twentieth century.

En la última década se ha visto el creciente debate en materia de género, las investigaciones en torno a esta categoría de análisis han aportado, como resultado, el conocimiento de procesos históricos sobre las construcciones sociales e imaginarios de las personas.¹

El libro *Locura y género en Costa Rica (1910-1950)*,² fue galardonado en la rama de Historia con el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 2013, lo cual muestra el alcance de las discusiones centradas en deconstruir el discurso patriarcal sobre mujeres y hombres.

Fecha de recepción: 05/09/14 • Fecha de aprobación: 29/09/14

* Costarricense. Graduada de la Maestría en Historia Aplicada por la Universidad Nacional de Costa Rica (2010). Por su tesis obtuvo el reconocimiento *Summa Cum Laude*. Actualmente se desempeña como profesora e investigadora de la Escuela de Historia de dicha universidad. Correo electrónico: j.achoy@yahoo.es. La autora agradece profundamente el acompañamiento de la historiadora Evelyn Redondo Morales en todos sus escritos. Sus opiniones son más que necesarias para repensar las propias ideas. Por supuesto, que se reconoce la responsable de todos los errores u omisiones a este comentario.

1 Al respecto, algunas de las publicaciones más recientes son: Isabel Gamboa Barboza, *En el hospital psiquiátrico. El sexo como (lo)cura* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2009). María Florez-Estrada Pimentel, *Economía del género: el valor simbólico y económico de las mujeres en la nueva economía costarricense* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2010). María Flórez-Estrada Pimentel, *De “ama de casa” a muliereconómico: sexo, género, subjetividad y economía en Costa Rica contemporánea* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2011). Patricia Alvarenga Venutolo, *Identidades en disputa: las reinventiones del género y la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2012).

2 Mercedes Flores González, *Locura y género en Costa Rica (1910-1950)* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2013).

Con esta obra se realiza un necesario aporte a los estudios de las subjetividades, pues expone la construcción social de la locura a partir de las normas que situaban a las mujeres en la casa y a los hombres en la calle. Para ello, la psicóloga Mercedes Flores González utilizó como referencia la hermenéutica psicoanalítica, basada en las interpretaciones desde el ámbito de la textualidad.

Las fuentes primarias de esta investigación consistieron en historias clínicas del Asilo Chapuí,³ informes a la Junta de Caridad y Junta de Protección Social de San José. El análisis de las fuentes requirió las herramientas teóricas y metodológicas del psicoanálisis para re-interpretar las “enfermedades mentales” de la época, y valorar si se justificaba el tratamiento aplicado.

La autora también realizó una contextualización apoyada en investigaciones históricas que demostraron la pormenorizada revisión bibliográfica que se hizo durante la indagación; lo cual le permitió interrelacionar los distintos acontecimientos de la primera mitad del siglo XX y que explican las relaciones genéricas junto a la locura.

En los argumentos del libro se partió de la normatividad sobre los cuerpos, explicada a través de los estados aprendidos por el inconsciente, por ejemplo, las oposiciones genéricas y heterosexuales para definir las conductas de la población. En este sentido, se analizaron las ideas organicistas de la época, donde se partía de los avances en la biología y medicina para “curar” las afectaciones de la mente.

Precisamente, lo anterior constituye una de las virtudes de la obra, pues se develó la construcción de los cuerpos a través de la praxis orgánica de la medicina, donde más que ciencia, se imponía una moral sobre las personas. Para la autora, los liberales de la época, influenciados por las ideas de la modernidad del siglo XX, llevaron a cabo proyectos políticos que se materializaron, entre otras cosas, en instituciones como el Asilo Chapuí.

Amparados en el “asistencialismo” y la caridad, los doctores de esta institución pusieron en práctica una serie de medidas para “normalizar” lo que se salía de los parámetros de aceptación social. Evidentemente, los cuerpos de las personas fueron el eje del control, pues a través del castigo físico y el miedo se procuró sanear la sociedad de todo aquello que no fuera “normal”. La autora visibilizó las prácticas de la medicina psiquiátrica aplicadas según las diferencias de género, lo cual implicó que los mecanismos de control pasaran por la naturalización de las construcciones sociales.

De hecho, los prejuicios sobre las mujeres llevaron a catalogar, como etiologías de las enfermedades mentales, el embarazo, la menopausia, el periodo de

3 Esta institución, también llamada “Hospital de Insanos” fue inaugurada el 4 de mayo de 1890, durante la administración de Bernardo Soto y Carlos Durán; fue la primera en especializarse en las necesidades psiquiátricas de la época.

cuarentena e, incluso, la menstruación. Para los hombres, la nomenclatura fue diferente, algunas causas fueron alcoholismo o sufrimientos físicos.

La autora logra demostrar que las causas de internamiento en el Asilo Chapuí estaban directamente relacionadas con los roles asignados a cada sexo, según el ordenamiento patriarcal, lo cual pone en evidencia la construcción del pensamiento desde la medicina psiquiátrica y la misma sociedad.

La psiquiatría practicada en el país durante la primera mitad del siglo XX se muestra acrítica ante el ambiente familiar o social que vivían los pacientes. Basada en las ideas orgánicas, pretendió hallar la cura real a cada persona que ingresaba al Asilo, de tal forma, se pusieron en práctica medidas tortuosas y agresivas al cuerpo humano.

La transgresión a la moral social de la época se sancionó fuertemente. El castigo físico implicó el uso de inyecciones de azufre, para subir la temperatura corporal; la terapia de electrochoques, e incluso realizar intervenciones neuroquirúrgicas que eran irreversibles. Sobre este tema, se presenta el caso de una mujer que en 1938 tenía un “erotismo exagerado”. En el discurso normativo de la sociedad patriarcal la mujer es asexuada y cualquier síntoma de placer erótico debe ser sancionado, por tal razón, a ella se le aplicó un tratamiento de insulino-terapia que le provocaba la pérdida del conocimiento; al final, según consta en el historial clínico, ella pudo llegar a su “normalidad psíquica”.⁴

Este tipo de hallazgos ponen en discusión el papel que ha jugado la medicina occidentalizada con respecto a las mujeres; como bien señala Mercedes Flores, los liberales desplazaron y sancionaron el conocimiento popular y tradicional, por uno basado en la ciencia. Las parteras, quienes eran las encargadas del recibimiento de los recién nacidos, así como de los cuidados del post parto, vivieron la anulación y desapropiación de sus saberes. En ese sentido, las mujeres perdieron el control y el cuidado de sus cuerpos, que quedaría en manos de la medicina moderna.

La ciencia médica no dejó de estar en función de los sesgos morales de la época, pues se calificaban como enfermas mentales a las mujeres que no cumplían con sus deberes domésticos, o que se mostraban inestables después de varios embarazos o abortos; o bien, a hombres jornaleros que no lograban sostener la presión social de la hegemonía masculina. La condena social por no cumplir los roles asignados, quebraban los esquemas mentales de estas personas que terminaban desestabilizándose y creando realidades paralelas en función del objeto deseado -un esposo, un hijo, un trabajo, una propiedad- a través de alucinaciones o la fantasía. Como lo señala Flores: “...el objetivo era “herir la imaginación de la enferma” cuando la sugestión verbal fracasaba, es decir, **quebrar todo vestigio de resistencia subjetiva a la práctica médica**. No se trataba solamente

4 Flores, 122-123.

de silenciar y doblegar a los enfermos, sino dominar y controlar lo subversivo y transgresor de estos".⁵

En esta investigación se sistematizan las experiencias que llevaron al entramado de relaciones jerárquicas y de poder por condiciones de género. Manipular las subjetividades de las personas, al punto de desestabilizarlas entre lo coherente e incoherente, permitió establecer esas jerarquías, que se adueñaron de los espacios más íntimos de una persona: su pensamiento.

Para Flores González, estas prácticas recayeron con mayor peso sobre las mujeres, precisamente por la función materna, las ideas de natalismo, la demanda de mano de obra y crecimiento de la población. Sin embargo, en la investigación no se precisa: ¿cómo se construyeron estas relaciones de jerarquía genérica en el Estado Liberal del siglo XX?, ¿en qué momento las mujeres cedieron ese espacio de poder sobre sus cuerpos?, ¿de qué manera se incorporaron las políticas de Estado sobre las enfermedades mentales a la población costarricense? Valdría la pena plantear esas cuestiones en próximos estudios.

El entramado de interrelaciones genéricas que la autora muestra permite reflexionar la investigación en las ciencias sociales, pues una de las grandes virtudes de este estudio es que pone en diálogo a la historia con la psicología, en tanto las fuentes de investigación son analizadas a través de métodos psicológicos que permitieron ampliar el panorama del objeto de estudio.

En este sentido, el libro incita a elaborar nuevos problemas de investigación que permitan ampliar el conocimiento sobre las relaciones y los discursos sociales. De igual forma, invita al diálogo entre las disciplinas de las ciencias sociales, con el fin de que la información pueda ser analizada desde diferentes perspectivas, referentes conceptuales y metodológicos.

Otro de los aportes de la investigación de Flores es el análisis psicoanalista que realiza a algunos de los casos más sobresalientes en las historias clínicas que consultó. Para la época, el valor de la palabra no existía, por ello, los doctores se centraban en las medicinas para encontrar la cura. El método hermenéutico del psicoanálisis aplicado a las fuentes históricas permitió profundizar en la comprensión de las subjetividades que se construían en la primera mitad del siglo XX.

Para comprender los discursos normativos de la sociedad, la autora hace un estudio sumamente interesante de hombres que tenían la persecución por la violencia política de la época, hasta mujeres que, desde su soltería y autonomía económica, no podían sostener las expectativas sociales; a través de ello, logra deconstruir el discurso patriarcal.

Uno de los temas fundamentales de este libro es el de la maternidad, pues el control del comportamiento femenino debía regirse por las demandas de la

5 *Ibid.*, 99-100. Destacado de la autora.

moral religiosa y familiar. Las sensaciones de angustia y culpa fueron sentimientos que se inculcaron a las mujeres que renegaban de su papel como progenitoras, pero además el castigo estaba en el encierro dentro del Asilo Chapuí.

Culparlas de la transgresión fue una práctica común entre los médicos psiquiatras. Inclusive, las mujeres víctimas de violencia doméstica también eran encerradas, pues se les acusaba por no seguir las disposiciones de los maridos, como le ocurrió a una esposa en 1932.⁶

El rol de madre-esposa implicó que ellas fueran la columna emocional de las familias, lo que muchas veces era insostenible desde las subjetividades, y llevó a eventos de furia que transgredían el papel sumiso de las féminas. La exigencia y presión social hacia las mujeres no pudo ser sostenido por muchas de ellas, y la respuesta política fue sentenciarlas como anormales y encerrarlas por “locas”.

En algunos casos, las mujeres lograban justificar su ira cuando culpaban al hombre por no ser el soporte económico del hogar. En sus argumentos aplicaban la misma lógica de la sociedad patriarcal, pero a los maridos, acusándolos de irresponsables. Este tema caló en las subjetividades de los hombres, quienes también “perdían” la cordura por no cumplir con sus obligaciones. La normatividad se les imponía a través de las expectativas laborales y en su rol de proveedores, así como de una masculinidad heterosexual y autosuficiente, expulsada de los espacios del hogar.

La presión social sobre los hombres y el discurso que normaba sus acciones llevaron a formas de violencia extrema, como los asesinatos; esto no se vio en ninguno de los casos de mujeres. Esa agresión manifestaba la impotencia de cumplir los roles asignados, pero además, la autora lo relaciona con el contexto político, en el cual la expansión del Estado liberal y el inicio de la división de clases, provocó que muchas personas perdieran sus tierras y, por ende, su capacidad para producir.

Todo lo anterior constituye uno de los principales aportes de la obra de Flores, pues pone en diálogo los problemas de las subjetividades masculinas y femeninas; esto porque, muchas veces, el debate se ha centrado en problemáticas relacionadas directamente con las mujeres. Es interesante analizar cómo se develan las construcciones de las personas y cómo las jerarquías genéricas entran en diálogo para comprender la realidad social.

De esta manera, se comprende cómo la sexualidad femenina se oponía a la masculina, creando sistemas binarios de comportamiento, en los cuales se regulaban las acciones de cada individuo. “Herir la imaginación de la enferma” implicó violentar el cuerpo y la mente de las personas que no calzaban con un modelo idealizado de sociedad y que, sin duda, se hereda en la actualidad.

6 *Ibid*, 215.

Por último, reconocer que en el pasado se dieron esas construcciones de las subjetividades permite cuestionar las palabras y los pensamientos que se heredaron de esa época, y que todavía nos “normalizan”. Desde la academia, esta obra representa un aporte para continuar con investigaciones sobre el género, en las distintas áreas de las ciencias sociales. Desde los espacios sociales y ciudadanos, este libro es una reivindicación de los silencios que guardaba el Asilo Chapuí y la medicina psiquiátrica.